



Análisis. Revista Colombiana de  
Humanidades

ISSN: 0120-8454

revistaanalisis@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás  
Colombia

Uribe Celis, Carlos

La "República de Colombia" del Libertador Simón Bolívar

Análisis. Revista Colombiana de Humanidades, núm. 83, julio-diciembre, 2013, pp. 321-  
344

Universidad Santo Tomás  
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551538005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## La “República de Colombia” del Libertador Simón Bolívar\*

Carlos Uribe Celis\*\*

Recibido: febrero 15 de 2013 Aprobado: abril 19 de 2013

### Resumen

Este ensayo traza el recorrido histórico de la “República de Colombia” como la visualizó, la programó y le dio vida el Libertador Simón Bolívar. La “República de Colombia” de Bolívar era la unión de lo que después constituyeron tres repúblicas distintas, hoy conocidas como Venezuela, Colombia y Ecuador. Bolívar aprovecha parcialmente una idea original de Miranda (la “Colombeia” del sueño continental del Precursor), y este ensayo ilustra la configuración del proyecto bolivariano, desde sus comienzos ajenos hasta la disolución del mismo, lo que prácticamente coincide con la muerte del Libertador. La historia de “Colombia” se ubica aquí en el contexto de la lucha bolivariana por la Independencia del norte y centro de Suramérica.

**Palabras clave:** Nación, *Nationbildung*, Independencia, Revolución, Congreso de Angostura, Congreso de Cúcuta, Constitución, Páez, Santander.

---

\* Este trabajo es el resultado final de una investigación que obtuvo a su vez el primer puesto en el concurso nacional de ensayo histórico “La independencia en el Nuevo Reino de Granada”, organizado por el Instituto de Estudios Socio-Históricos Fray Alonso de Zamora de la Universidad Santo Tomás-Sede Principal, durante el primer semestre de 2011.

\*\* El autor de este trabajo es profesor de cátedra de la USTA. Es profesor titular (r) de la Universidad Nacional de Colombia. Es MA. en Economía de la Universidad de Ohio, Estados Unidos y M. Phil en Planeación y Desarrollo Económico de la Universidad de Cambridge, Inglaterra y Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. E-mail: carlosuribe@usantotomas.edu.co

## The “Republic of Colombia” of the Liberator Simon Bolivar\*

Carlos Uribe Celis\*\*

### Abstract

This essay traces the historical journey of the “Republic of Colombia” as envisioned, planned and created by Simon Bolivar. Bolivar’s “Republic of Colombia” was the union of which later became three different republics, now known as Venezuela, Colombia and Ecuador. Bolivar, partially uses a Miranda’s idea (the “Colombeia” from the Precursor’s continental dream), and this Essay illustrates the configuration of the Bolivarian project, from its beginning to its dissolution, which practically coincides with the death of the Liberator. The History of “Colombia” is located here within the context of the Bolivarian struggle for independence of Northern and Central South America.

**Keywords:** Country, *Nation building*, Independence, Revolution, Congress of Angostura, Cúcuta Congress, Constitution, Páez, Santander.

---

\* This work is the outcome of an investigation which in turn obtained the first place in the national historical essay contest “Independence in the New Kingdom of Granada”, organized by the Institute of Socio-Historical Studies Fray Alonso de Zamora Santo Tomas University Headquarters, during the first half of 2011.

\*\* The author of this paper is a part-time Professor at USTA. He is Professor (r) at Universidad Nacional de Colombia. He is MA. in Economics from the University of Ohio, USA and M. Phil in Planning and Economic Development from the University of Cambridge, England and sociologist from the Universidad Nacional de Colombia. E-mail: carlosuribe@usantotomas.edu.

## La “République de Colombie” du « Libertador » Simón Bolívar\*

Carlos Uribe Celis\*\*

### Résumé

Cet essai retrace le parcours historique de la “République de Colombie” tel que l’a visualisée, programmée et lui a donné vie le Libertador Simón Bolívar. La “République de la Colombie” de Bolívar était l’union de ce qu’après ont constitué trois républiques différentes, connues aujourd’hui comme Venezuela, Colombie et Équateur. Bolívar profite partiellement d’une idée originale de Miranda (la “Colombeia” du rêve continental du Précurseur), cet essai illustre donc la configuration du projet bolivarien, depuis ses commencements jusqu’à sa dissolution, ce qui coïncide presque avec la mort du Libertador. L’histoire de la “Colombie” se place dans le contexte de la lutte bolivarienne pour l’indépendance de l’Amérique du Nord, du Centre et du Sud.

**Mots clés:** Nation, *Nationbildung*, Indépendance, Révolution, Congrès d’Angostura, Congrès de Cúcuta, Constitution, Páez, Santander.

---

\* Ce travail est le résultat final d’une recherche qui a obtenu le premier prix lors du concours national d’essai historique “L’indépendance au Nouveau Royaume de Grenade”, organisé par l’institut d’études Socio-Historiques Fray Alonso de Zamora de l’Université Santo Tomás. Siège Principal, pendant le premier semestre 2011.

\*\* L’auteur de ce travail est enseignant auprès de la USTA. Professeur titulaire (r) de l’Université Nacional de Colombia. Es Magister en Économie de l’Université de Ohio, États-Unis et M. Phil en Planification et Développement Économique de l’Université de Cambridge, Angleterre. Sociologue de l’Université Nacional de Colombia. E-mail: carlosuribe@usantotomas.edu.co

## Bolívar sueña con una nación de verdad

“Bolívar concebía la revolución como una lucha por la independencia y la independencia como la creación de una nación”. John Lynch

En el año 2010 se celebra el bicentenario de las independencias hispanoamericanas. Se supone que los países que existen hoy son los que siempre fueron y los que deben ser. Pero la idea de independencia del Libertador Simón Bolívar, lo llevó no solo a poner su dama sobre escaques predeterminados en el ajedrez continental, sino que comprendió correctamente que esa independencia no era viable sino a partir de **naciones de verdad** que impusieran respeto en el contexto político mundial. Y así Bolívar no solo se ocupó de independizar repúblicas sino que las fundó. Este ensayo ilustra sobre el desarrollo, breve como por desgracia vino a ser, de una de estas naciones. *Lest we forget*: “para que no olvidemos”.

Era el año de 1813, año feliz y glorioso para Bolívar, año en que casi de la nada habiendo sacado un ejército de la Nueva Granada, entró por Cúcuta a Venezuela en medio de la así llamada “Campaña Admirable”. Allí cobró sus primeras victorias. Allí derrotó, o puso en fuga, el ejército del galonado general canario y realista Domingo Monteverde. Y así para impensable remate de una cadena de audacias y por favor de la fortuna consiguió Bolívar entrar a Caracas, cubierto de gloria militar y política por primera vez, el 6 de Agosto de 1813. Y en ese preciso año “admirable” también otro “libertador” venezolano, Don Santiago Mariño, logró posesionarse casi tan heroicamente como Bolívar en el Oriente del país, es decir, en la provincia de Cumaná, Tierra Firme, como entonces se decía, allá abajo y al frente, mediando el mar, de los territorios isleños de Margarita y Trinidad.

No se había, ni mucho menos, consolidado la presencia, la estatura histórica, el prestigio militar ni político, la fama guerrera, en suma, de Simón Bolívar. Todo empezaba entonces. Todo era inesperado y sorprendente. Bolívar por el Occidente y Mariño por el Oriente eran tan accidentales, tan “emergentes”, tan advenedizos como cualquier pirata de los que infestaban los mares antillanos cuando caían como langostas pestíferas sobre las costas de Tierra Firme<sup>1</sup>.

La gesta de la Independencia del Norte de Suramérica fue en gran medida una empresa de aventureros. Se trataba de asaltar la debilidad de la estructura imperial española tanto en el mar contra los barcos que transportaban el tesoro de las Indias (y en esto Inglaterra era *il capo di capi*) como en contra de la tierra

<sup>1</sup> Tierra firme es obviamente el continente para un marino, y para los descubridores o sus sucesores toda la América continental era tierra firme, pero en el siglo XVIII y XIX Tierra Firme, con mayúsculas, era el nombre alterno que se daba a Venezuela, porque tantos territorios isleños del Caribe en manos de europeos diversos como Cuarcaco, Trinidad, Granada, Aruba, Barbados, Puerto Rico, etc., se desenvuelven en la medialuna antillana justo encima de Venezuela.

firme, donde nativos y extranjeros se aventuraban a la vez, pero los primeros tenían más probabilidad de triunfo, pues, al cabo para ellos la tierra era su elemento, al revés de lo que pasaba con los hombres del mar. Por tanto Don Santiago Mariño, un carismático joven aristócrata de adscripción masónica nacido en el archipiélago de Margarita en 1778 y con tanto coraje y utopías como Bolívar, aunque con menos visión que él, aspiraba a convertirse en el dueño de estos territorios liberados. En un sentido importante en 1813 la ventaja de Bolívar sobre Mariño era escasa, aunque Bolívar, admitámoslo, se había hecho a Caracas, la capital y, así, se alzaba con la joya de la corona en el contexto de la carrera independentista venezolana.

Mariño, pues, consciente de su indiscutible poder temporal, propuso a Bolívar, en medio de la contra-revolución que siguió a Agosto del 13, que partieran a Venezuela en dos mitades: la Venezuela del Occidente, que sería para Bolívar, y la Venezuela de Oriente, que Mariño se apropiaría. La repuesta de Bolívar en carta “Al ciudadano General en Jefe de Oriente, Santiago Mariño” (16 de Diciembre de 1813) no pudo ser más explícita, firme y contundente:

“Si constituimos dos poderes independientes, uno en el Oriente y otro en el Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales, y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. [...] Divididos seremos más débiles y menos respetados por nuestros enemigos y por los países neutrales. La unión bajo un solo gobierno nos fortalecerá y será productiva para todos [resaltado mío]” (Bolívar, Carta a Mariño (Dic.16 de 1813) in Lecuna, 1978, tomo I, p. 77).

Significativamente, en 1822 la película se repetía en un escenario bien distinto. Bolívar tornó a decir entonces ya no con Venezuela sino con su “Colombia”, ahora constituida, en la mira. El tono es sin duda más sombrío y el dejo más cáustico:

“Tenemos dos y medio millones de habitantes derramados en un dilatado desierto [se refiere a la Colombia bolivariana]...una parte es salvaje, la otra esclava, los más son enemigos entre sí y todos viciados por la superstición y el despotismo. Hermoso contraste para oponerse a todas las naciones de la tierra! Esta es nuestra situación! Esta es Colombia, y después la quieren dividir” (Bolívar in Lecuna, 1978, tomo II, pp. 114-115).

Y en el centro de esa obsesión por una patria respetable que lo lleva a romper lanzas por la indivisibilidad de Venezuela -y luego la de “Colombia”- se encierra exactamente el motivo que llevó a Bolívar a unir territorios que la administración española o la reciente aventura independentista habían seccionado por razones de burocracia estatal, o que querrán ser destazados por obra de la ambición narcisista de los caudillos nativos.

¿Cuáles eran esas grandes piezas del rompecabezas del Imperio? Solo unas pocas: El Virreinato del Río de la Plata (o de Buenos Aires), el Virreinato del Perú, el Virreinato de Nueva Granada, el Virreinato de México (o de Nueva España). Tales eran los importantes. Sumábase a esto, de manera ciertamente secundaria y subalterna, las Gobernaciones (o Capitanías) de Cuba, Florida, Guatemala y Chile. Lo que hoy llamamos Centro-América, esa lengua de tierra entre México y Nueva Granada (distinguida entonces como Capitanía de Guatemala) era un espacio que se dejaba al cuidado del Virrey de México y, en parte, más que todo la porción antillana sur (la actual Panamá y Nicaragua), a la atención del Virrey de Nueva Granada, cuya principal plaza no era Santafe sino Cartagena, la fortaleza negrera más apreciada del Imperio. En cuanto a La Florida, cayó en manos de USA, la joven y pujante República del Norte, pronto en el siglo XIX. Por su parte, Puerto Rico y Santo Domingo entraban solo como apéndices en la órbita administrativa de Cuba.

En suma, el Imperio estaba compuesto por cuatro grandes países y unos territorios exiguos continentales o isleños de mayor o menor valor estratégico, pero de secundaria entidad administrativa. En ningún caso, pues, se trató de los diecisiete países –más bien ¡paísesitos!, digámoslo– de que habría hablado el abate Dominique de Pradt, según cita Bolívar, no sin cierta pretensión erudita y pomposa, en *La Carta de Jamaica*<sup>2</sup>.

La “República de Colombia” de Bolívar, como se expondrá aquí más adelante, es el producto más elaborado y con mayor arraigo en la visión y el corazón de Bolívar, el efecto real de aquella idea de que, si de construir nación se trata (*nation-building*, *nationbildung*, llaman los europeos), esta entidad –la nación– para ser debe ser fuerte e inspirar respeto en el concierto mundial. Para inspirar respeto, consideración efectiva en el concierto mundial, no basta con una bandera, un himno y un nombre sonoro sino que hace falta peso geopolítico, entidad militar, riqueza natural y, sobre todo, capacidad de generar equilibrio (o, más propiamente, “desequilibrio”) cuando de afirmar su identidad y hacer valer la dignidad nacional ante propios y extraños se trata.

Doscientos veinticinco años de independentismo nacionalista en el mundo nos han dejado poco más que un puñado de Naciones con mayúscula (USA, Brasil, Canadá, México, Australia, siendo aún generosos) y dos centenares de territorios con vistosos colores en sus laboriosas o abigarradas insignias (banderas) o tonadas oficiales (himnos), como se ve en el panorama geopolítico más bien triste, sino deprimente o desesperado, de África, Latinoamérica y Asia. Aquí conviene no olvidar que algunas de las naciones de verdad –y se

2 “M. de Pradt –escribe Bolívar en *La Carta de Jamaica*– ha dividido sabiamente la América en quince a diecisiete Estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diecisiete naciones” [Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*. Los Ruices Sur, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 68]. Estos Estados de que habla aquí Bolívar son extensiones geográficas, que desde el punto de vista de un europeo, como Monsieur de Pradt, podrían albergar naciones, al modo de la división geopolítica europea. Pero mucho va de Europa a América y es claro que Bolívar, en la misma *Carta de Jamaica* y en el curso de su vida política, piensa de manera muy diferente como se hará patente en este ensayo. M. de Pradt (1759-1805) es el belga Dominique George Frédéric Dufour de Pradt, obispo de Mechelin/Malinas, Bruselas, Bélgica. Fue capellán de Napoleón y escritor reconocido en su tiempo.

descuenta, claro está, a Europa, que no tuvo que “independizarse”- que hoy campean conspicuamente en el mundo como Japón, China, e India que eran naciones a buen seguro antes de 1786, que luego, pudieron ser sojuzgadas por Europa (como India o China), pero recuperaron su independencia en procesos, sin duda, muchos menos calamitosos y, sobre todo, menos ambiguos que lo ocurrido en Latinoamérica en el siglo XIX como en África (y la ex Unión Soviética) en el siglo XX.

La “República de Colombia” de Bolívar, para evitar tempranamente equívocos, es la reunión en un solo Estado y un solo gobierno de lo que hoy llamamos Colombia, Venezuela y Ecuador (y Panamá), que fue una realidad palpitante, egregia –y también dramática, contenciosa convulsa- entre 1817 y 1830. Aunque Ecuador solo fue incorporado en 1822, la “Colombia” de Bolívar duró cabalísticamente 11 años exactos; entre la 1 de la tarde del 17 de Diciembre de 1819 en Angostura del Orinoco y la 1 de la tarde del 17 de Diciembre de 1830, cuando el Libertador muere en Santa Marta de Nueva Granada o Cundinamarca, como se la denominó en el Congreso de Angostura.

Conviene dejar sentado que el nombre de “Gran Colombia”, como algunos textos de historia en estas latitudes han por mucho tiempo repetido, es un nombre espurio. Nunca existió la flamante “Gran Colombia”. Solo “Colombia”, nombre adoptado por Bolívar y tomado del cuño de Don Francisco de Miranda. Así llamó Bolívar esa unión de Venezuela y Nueva Granada, entendiendo que en la visión de Bolívar y de la metrópoli peninsular (España), la Presidencia de Quito, con Guayaquil incluido, pertenecía a la administración del Virreinato de Nueva Granada. Si por cinco años desde 1817, no había sido Quito realmente extraído de las manos de los realistas, esto se puede entender meramente como un azar de la guerra, azar que fue pronta y felizmente subsanado.

Y, bien, ¿qué pasa con lo que hoy llamamos Colombia? Esta Colombia recoge su nombre en un más amplio título solo desde 1863. Cuando la anterior Confederación Granadina empezó a llamarse Estados Unidos de Colombia. También, para el caso, Venezuela y Brasil adoptaron los nombres de Estados Unidos de Venezuela (1864-1953) y Estados Unidos de Brasil (1889-1968) respectivamente. Puede recordarse, a propósito, el curioso nombre de Estados Equinocciales de Colombia, que le fue asignado en el papel por Don Antonio Nariño, el Precursor neogranadino, a la “Colombia” bolivariana en un proyecto de constitución que sin ningún éxito presentara al Congreso de Cúcuta de 1821 (Valencia Villa, 1987, p. 59).

Colombia se llama Colombia, como la conocemos hoy; como República de Colombia, propiamente solo desde el año de 1886. Colombia es, pues, un territorio con solo 124 años de vida. El mismo territorio fue, en cambio, Nueva Granada, antes y después de la Independencia y de la actuación de Bolívar, por un espacio de 135 años, desde 1717 hasta 1819 y desde 1830 hasta 1863. Y había sido Real Audiencia de Santa Fe, al frente de la cual había una Presidencia por 169 años: de 1548 a 1717. Fue Cundinamarca efímeramente entre Diciembre de



1819 y Octubre de 1821 (fin del Congreso de Cúcuta)<sup>3</sup>. A partir de 1821 y hasta 1830 como parte de la “Colombia” bolivariana fue solo un conglomerado de cuatro departamentos: Boyacá, Cundinamarca, Cauca y Magdalena<sup>4</sup>; que corrían parejas con los tres Departamentos venezolanos: Zulia, Orinoco y Venezuela. Recuperará su nombre auténtico, original de Nueva Granada en 1830.

Ahora bien, el Virreinato de Nueva Granada fue un virreinato tardío de inspiración borbónica. Los Virreinos de Nueva España (México) y del Perú fueron los primeros de Hispano-América y proceden de las órdenes pristinas de la monarquía Habsburgo de Don Carlos V, quien les dio vida en la primera mitad del siglo XVI. El Virreinato de Buenos Aires, establecido sobre el país del Río de la Plata, es medio siglo posterior al de Nueva Granada<sup>5</sup>. Después de 1830, la actual segregada Colombia tornó a ser Nueva Granada, su nombre propio, hasta 1857 cuando dio un ligero sesgo al apelativo para llamarse Confederación Granadina, nombre con el que persistió hasta 1863. La “República de Colombia” de Bolívar, que convoca aquí nuestra atención preferente es, pues, como es evidente, una entidad nacional de mucha mayor significación geopolítica que la actual Colombia, que es solo una porción de la Colombia bolivariana original.

Nuestro objetivo es presentar ahora una nota histórica sobre esa excelente realidad política que hizo decir a Bolívar, poco después del Congreso de Angostura (ocurrido en Diciembre de 1819):

“Las potencias extranjeras al presentarnos constituidos sobre bases sólidas y permanentes de extensión, población y riqueza os reconocerán como nación [...] La intensión de mi vida ha sido una: la formación de la República libre e independiente de Colombia [...] Lo he alcanzado. Viva el Dios de Colombia [resaltado mío]” (Bolívar, Proclama (Dic. 29 de 1820) in Lecuna (1978), tomo V, p. 362).

Siendo Simón Bolívar un hombre original –y a más genial y absolutamente entregado a una sola tarea histórica que el fundió con la propia realización de su ser– una parte considerable e importante del ideario de Bolívar está en y procede de Miranda. Esto no ha sido suficientemente resaltado hasta el presente. La relación personal de Bolívar con Miranda rebasa el objetivo particular de este ensayo. Solo conviene a este punto resaltar al menos tres ideas bolivarianas centrales que fueron primero de manera clara expuestas por Miranda, cosa que difícilmente Bolívar ignoraba, solo que el episodio de contradicción profunda en

3 Los tres departamentos de la “República de Colombia” emanada de Angostura del Orinoco fueron Venezuela, Cundinamarca y Quito.

4 Los Departamentos se dividían en Provincias. El Departamento de Boyacá estaba compuesto por las provincias de Tunja, Socorro, Casanare y Pamplona. Cundinamarca por las provincias de Bogotá, Antioquia, Mariquita y Neiva. Cauca por Popayán y Chocó. Magdalena por Cartagena, Santa Marta y Riohacha. Más tarde Ecuador se hallará dividido en los Departamentos de Ecuador, Guayaquil y Azuay.

5 La historiadora Ana Luz Rodríguez señala los siguientes años para la instauración de los virreinos coloniales: Nueva España (México): 1535, Perú: 1543, Nueva Granada: 1717, Río de la Plata: 1776. Ver: Luis: E. Rodríguez et. al. 2006, p. 82.

1812<sup>6</sup>, que marcó el destino de los dos venezolanos más ilustres, impidió quizá el reconocimiento explícito por Bolívar de esa enorme deuda.

Bolívar no era rencoroso o anclado al pasado, así que su conflicto con Miranda no era una buena razón para desechar algunas de las ideas inapelables de El Precursor<sup>7</sup>, aunque nunca lo mencionara en tal sentido, tal vez por la hondura del incidente fatal. Esas tres deudas intelectuales de Bolívar con Miranda son: uno, la liberación de Hispano-América bajo la égida de Inglaterra o, de otro modo, la inclusión central de Inglaterra en el proyecto emancipador. Dos, la estructura del nuevo gobierno a imitación de la Constitución inglesa con Senado de Nobles, Cámara de Comunes y Monarca, aceptado o adaptado (El Inca de Miranda<sup>8</sup>) o sustituido por un Presidente Vitalicio (Bolívar). Y, finalmente, tres, la imagería de Colombia –nombre y bandera- y la idea de un país grande y fuerte, antes que un archipiélago de republiquetas.

Las historias criollas de este lado suelen mencionar como precursores fácticos de la independencia bolivariana movimientos como los ocurridos en la década del 80 del siglo XVIII: La Revolución de Condorcanqui (José Gabriel Condorcanqui, o Revolución de Túpac Amaru) en El Cuzco, Perú, 1780-1781; la Revolución de los Comuneros en El Socorro, actual Colombia, 1781; La Revolución de Juan Guerrero en México en 1794, la Revolución del Negro Leonardo Chirinos en la Sierra de Coro, Venezuela, 1794; la Revolución de Gual, España y Picornel en Venezuela, 1797. Todos estos movimientos fueron derrotados y sus líderes decapitados, ahorcados o preventivamente apresados.

Menos, mucho menos mencionados, son los precursores ideales o intelectuales. Salvador de Madariaga (1945, pp. 829-835), por ejemplo, cita cinco planes de independencia distintos, desde tan temprano como 1743 hasta los años 80 del siglo XVIII: El primero es un plan de conspiradores anónimos de México que es presentado en 1743 (ojo a esa tempranísima fecha, muy anterior a la Revolución USA americana y a la francesa). Este proyecto de independencia de Hispano-América fue presentado a Oglethorpe, alto militar inglés de las Antillas Británicas. El segundo proyecto precursor es de un francés, el Marqués de Aubarède, que en 1776 presenta a representantes del gobierno inglés en Londres un plan de emancipación de las colonias hispanoamericanas. El tercero es de un tal Antonio de Prado, que parece ser el seudónimo de un Duprex, francés, quien también, para variar, acude a Inglaterra como sostén. Un cuarto precursor intelectual es Francisco de Mendiola, de México. Y, finalmente, pero no menos importante, es el plan (o los planes) de Don Sebastián Francisco de Miranda, el Precursor.

6 Cuando Bolívar entregó a Miranda al general realista Francisco Monteverde.

7 El Precursor es el nombre que la historia le dio a Don Francisco de Miranda, como a Bolívar se lo conoce como El Libertador y a San Martín como El Protector.

8 En 1790 y al final de este decenio Miranda se entrevistó con el Primer Ministro inglés William Pitt. A Pitt Miranda le presentó un proyecto de Constitución de los países liberados de España con pretendida ayuda británica: esa Constitución hablaba de un Senado de nobles, una Cámara de Comunes y un rey Inca o un soberano nativo llamado Inca cuyo poder era hereditario. Ver Salvador de Madariaga, 1945, p. 887.

Obsérvese que todos se dirigen con su plan a Inglaterra, incluido por supuesto Miranda. El propio Miranda confiesa que en 1784 él y otros conspiradores indios elaboraron en New York<sup>9</sup> un plan de emancipación de Hispano-América “con la cooperación de Inglaterra”. La idea de involucrar a Inglaterra, o mejor, de verla como la garante, mecenas y protectora de la revolución que es tan frecuente en Bolívar –pues Bolívar es un verdadero anglófilo y su primer tarea oficial, tras el Grito de 19 de Abril de 1819 en Caracas, es viajar a Londres a pedir reconocimiento político y ayuda económica y militar– es, pues, pan cotidiano y comida de todos a principios del siglo XIX. Obviamente, hay una sola razón para pensar en Inglaterra. Esta razón no tiene nada que ver ni con el idealismo ni con el altruismo inglés, si estos existen. Conciérne más bien al interés de Inglaterra en la expansión de su comercio, a su vocación para el colonialismo económico, a su empeño por la globalización del capitalismo, a su ansia voraz de lo que Marx llama la “ganancia del Capital”, o con la vieja frase latina: *auri sacra fames*.

De tal suerte que, al contrario de lo que se ha sostenido, las primeras ideas revolucionarias en América son anteriores a la Revolución Francesa. Y en esas ideas no hay “revolución en un solo país”, como fue paradigmáticamente la revolución comunista de Stalin, sino que lo que se tiene es comprensión de Hispano-América como una unidad, o como un puñado de robustos países, única forma posible, quizá, de enfrentar al bravo Toro español.

Esta referencia espacial de la lucha liberadora y de su producto específico: una colonia libre, es decir, una ex colonia triunfante, es común a los primeros esfuerzos organizativos de Bolívar. Bolívar en su primera misión como representante de una nación independiente, o en trance de serlo, que es “Caracas” o Venezuela (España usó como marbetes administrativos los dos nombres indistintamente). Estando en Londres (de julio 12 a septiembre 21 de 1810) expone la idea de una federación de naciones americanas en un artículo del periódico londinense *Morning Chronicle*, edición del 5 de septiembre de 1810:

“El día [...] no está lejos, en que los venezolanos [...] alzarán definitivamente la bandera de la independencia y declararán la guerra a España. Tampoco descuidarán invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos [...] seguirán presurosos el ejemplo de Caracas [resaltado mío]”<sup>10</sup>.

Esta Federación es la forma más “civilizada”, aceptable y plausible de lo que puede arrojar la lucha por la liberación. Ante un solo cuerpo organizado Inglaterra podrá sin escrúpulos de ninguna suerte negociar acuerdos y acordar tareas conjuntas o recíprocas, donde la extensión del territorio y la riqueza natural del suelo, podrán compensar la inexperiencia de un nuevo integrante

9 El Plan de Insurrección independentista fue presentado también al general Americano Henry Fox, y comunicado al Presidente George Washington y a su secretario del tesoro Alexander Hamilton.

10 Citado en [http://www.gratisblog.com/rumbo\\_al\\_socialismo/111655\\_las\\_raices\\_de\\_la\\_gran\\_colombia.htm](http://www.gratisblog.com/rumbo_al_socialismo/111655_las_raices_de_la_gran_colombia.htm) (sept. 27 de 2007). [Consultado en diciembre 12 de 2010]. Ver también a propósito Mandariaga, 1985, T. 2, p. 249.

del concierto mundial de las naciones. Por el contrario, una cabila de imprevisibles interlocutores nacionales o para-nacionales desarticulados prendería las alarmas en el *Foreign Office* sobre la *maturity*, la “*opportunity*” o la “*convenience*” de la empresa independentista.

Para abundar en el esquema de Federación de las colonias independizadas vale la pena referir la idea de Miranda expuesta al primer ministro inglés William Pitt en 1797. Se había entrevistado antes con Pitt con vistas al mismo objetivo –la independencia de las colonias españolas– en 1790. En 1797 Miranda, según cuenta en su diario, presentó a Pitt un proyecto de estructura gubernativa o Constitución para las colonias libres *in toto*. Ese gobierno sería, le dijo el indiano al inglés, “muy semejante al de la Gran Bretaña [...] pues debe componerse de una Cámara de Comunidades, otra de nobles y un Inca o soberano hereditario”. “Leyolo [Pitt] todo con atención –narra Miranda– y llegado al artículo del Inca hereditario, dio un gran asentimiento bajando la cabeza” (Madariaga, 1945, p. 877). Obsérvese, de paso, la similitud de la utopía de Miranda con el proyecto constitucional de Bolívar (la Constitución Boliviana), ya no tanto en lo de la Federación<sup>11</sup> sino en la estructura de gobierno como Bolívar la propone para el norte de Suramérica) en Febrero 15 de 1919 (*Discurso de Angostura*) y en Mayo de 1826 (*Constitución Boliviana*).

Debemos también a Miranda el nombre de Colombia. O “Colombeia” o “Continente Colombiano” o “Continente Américo-Colombiano” como también la llama<sup>12</sup>. La “Colombeia” de Miranda abarca toda Latinoamérica de México a la Patagonia. Es esta la que el pinta a Pitt como gobernada por un emperador, que Miranda llama Inca (o Ynca), pues el país de Miranda era un Imperio<sup>13</sup>, un imperio nativo, criollo. Y la capital de ese Imperio sería Colombo y se ubicaría en el Istmo de Panamá. Colombeia o Colombia y Colombo son, como es obvio, un homenaje de este soñador al descubridor Cristóforo Colombo –Cristóbal Colón-. Las utopías “colombianas” de Miranda están plasmadas en el Plan de Gobierno Federal de Miranda 1801 y en otros escritos suyos (Bohórquez, Carmen, 2006). Pero tal vez la primera manifestación pública del nombre de Colombia ocurrió en Londres en 1810 y naturalmente se debió a la pluma de Miranda, quien hizo circular un efímero quincenario: un periódico, entre marzo y mayo de ese año. El periódico se llamaba justamente *El Colombiano* (Bohórquez, Carmen, 2006, p. 14).

11 Federación, hay que admitirlo, es una idea de Bolívar en 1810. A partir de 1812 Bolívar es un antifederalista acérrimo en lo que respecta a Venezuela (lo ilustra con lujo de detalles en *La carta de Jamaica*). Es antifederalista también respecto de su “República de Colombia”. Los federalistas son Santander y Páez. Pero en lo que respecta a Hispano-América, frente a Europa y frente a los amenazadores USA o “hermanos del Norte” Bolívar vuelve a creer en la Federación. Es justamente su propósito en torno al malogrado Congreso Anfictiónico de Panamá (1926). La idea de Federación resurge (1826, tras el fracaso del Congreso Anfictiónico) en la Federación o Confederación de los Andes o asociación de “Colombia”, Perú y Bolivia.

12 Ver Carmen Bohórquez, 2001, *Francisco de Miranda: la construcción política de una patria continental*, en [http://www.analitica.com/bitblol/carmen\\_bohorquez/miranda.asp](http://www.analitica.com/bitblol/carmen_bohorquez/miranda.asp). [consultado en diciembre 10 de 2010].

13 Miranda bosquejó un proyecto del Imperio Hispano-Americano en lo que se conoce como el “Plan de Gobierno de 1801”. Ver <http://constitucionweb.blogspot.com/2010/04/planes-de-gobierno-francisco-de-miranda.html> [consultado en diciembre 10 de 2010].

La bandera tricolor: añil-rojigualda (azul roja y amarilla) fue inventada por Miranda (¡Todo utopista es un artista!) y la usó en su primera aventura militar por la emancipación de América hispana en 1806, Fue en Haití donde se izó por primera vez la bandera colombiana. Germán Arciniegas reporta los detalles de la biografía del Tricolor mirandino. Arciniegas (1984) nos dice que:

“Thomas Lewis comunica a Miranda el 26 de febrero de 1806 sus gestiones en Port-au-Prince: “He conseguido todo lo necesario para la bandera y también sillas de montar, espadas, charreteras, plumas... seda azul, una pieza de cashimir amarillo, una pieza de tejido azul”.

“Llegó por fin el día solemne... era el 12 de marzo de 1806 cuando el tricolor flamante cosido por largos y lindos dedos negros de mulatas haitianas subió lentamente el palo del Leander ante los ojos de un Miranda apoteósico, vistiendo siempre casaca azul y el corazón henchido de gozo, saludando a su bandera, al tricolor de rebeldía amarillo, azul y rojo” (p. 319).

Cuando el día 3 de agosto desembarca El Precursor en La Vela de Coro a bordo del *Leander* con seis barcos, tres cañoneras y por lo menos setenta cañones, el *Leander* es el primer barco en la historia con bandera colombiana. Pero entonces será solo el símbolo de una ilusión pasajera, pues Miranda, el héroe de las “gloriosas desgracias” –como dijera alguien (Masur, 1960, p. 69)— tendrá que retornar frustrado a la entraña del Caribe solo diez días más tarde.

Este tricolor mirandino, como lo conocemos hoy, al menos en sus colores, si no en el tamaño de sus áreas pintadas, fue desplegado por primera vez triunfalmente y en tierra firme durante la Primera República venezolana el 14 de julio de 1811, estando Miranda en Caracas a punto de ejercer como General en Jefe de los ejércitos patriotas. Obsérvese cómo el tricolor en la mente de Miranda era la insignia de un continente entero y en el de Bolívar de lo que el llamará, copiando de cerca el sueño de Miranda, la “República de Colombia”.

“Colombia” como proyecto de Bolívar se anuncia por primera vez en diciembre de 1812 en su famoso *Manifiesto de Cartagena*, el primer gran documento público de Bolívar, aquel mismo texto que en su quinta línea introductoria nos deja las palpitantes e inolvidables frases: “Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas...”. Es este el texto en que Bolívar critica acremente el federalismo y, en consecuencia, proclama el centralismo (no precisamente “democrático”) como una necesidad de la guerra: “Si Caracas, –escribe allí dramáticamente– en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido un gobierno sencillo [...] tu existieras, Oh, Venezuela!”. El *Manifiesto de Cartagena* no es, pues, más que una petición desgarrada y razonada al tiempo para que los granadinos asuman la caída de la Primera República venezolana como cosa propia y para que conjunten sus fuerzas y sus destinos: un destino que para Bolívar se llama

“Colombia” y puede, por tanto, denominarse legítimamente “colombiano”, que es como el Libertador lo llama precisamente en ese texto memorable:

“Su gloria [la de la Nueva Granada] depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia *colombiana* [...] y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores solo se dirigen a sus amados *compatriotas*, los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia [resaltado mío]” (Bolívar, 1976, p. 17).

El siguiente hito en la historia de “Colombia” -la Colombia bolivariana, claro está- viene perfilado, ya en completa madurez, en *La Carta de Jamaica* (1815). Aquí Bolívar se aparta convenientemente de la utopía mirandina continental, que el recogiera vagamente en su artículo del *Morning Chronicle* de Londres en 1810. Contrariamente dice en *La Carta*:

“Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república. [...] Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al Nuevo Mundo [en su totalidad] sería necesario que tuviese las Facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres [resaltado mío]” (Bolívar, *Carta de Jamaica*, 1976, p. 67).

*La Carta de Jamaica*, a más de una excelente monografía sobre la situación sociopolítica del continente americano hecho con criterios de epistemología positivista, es un baldado de agua fría sobre los encumbrados ideales de la democracia. No están maduros, en efecto, nuestros pueblos, al juicio de Bolívar, para la democracia, no porque no puedan todos participar con su deseo y su aspiración, sino porque el nivel de ese deseo resultaría en un producto contrahecho e inconveniente, proclive a la anarquía y en nada garante de una república a la altura del concierto universal.

“Los acontecimientos de la Tierra Firme [Venezuela] –dice Bolívar en *La Carta*- nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. [...] Venezuela ha sido [...] el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma democrática y federal para nuestros nacientes estados. [...] En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte [USA], los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina” (1976, p. 67).

Bolívar sabe que desbroza terreno farragoso y que sus afirmaciones en este campo del mejor sistema político o el más deseable, que tantos identifican con la “democracia”, suscita inmediatamente la controversia. Por eso es cauto:

“temo mucho”, es la fórmula que “tímidamente” emplea. Y antes, frente al Latinoamericanismo –permítaseme hablar así, aún con *cata-cronismo* (quiero decir anacronismo al revés: del futuro hacia el pasado)- Bolívar afirmaba con un circunloquio retórico: “No puedo persuadirme que el Nuevo Mundo” etc. Pero en cuanto viene a su “República de Colombia”, en la primera presentación pública que de ella hace, parece, al contrario, en *La Carta*, muy seguro, convencido e inamovible:

“La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad, que con el nombre de Las Casas [...] se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-Honda [en la Guajira colombiana actual...] nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Goajira (sic) [aún no civilizada]. Esta nación se llamará Colombia [...] Su gobierno podrá imitar al inglés, con la diferencia de que en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario [...] y un cuerpo legislativo, de libre elección” (1976, p. 70).

Pero Bolívar es político y sabe medir perfectamente la temperatura política de los pueblos en cada hora y fecha del calendario de las naciones. La Nueva Granada es en 1815, ha sido y será para él, recurso de subsistencia política. En ella se apoyó para fundar la Segunda República en 1813 tras su toma de Caracas. Luego vino, por encomienda del Congreso de Tunja, a tomar militarmente a Bogotá (Diciembre 8 de 1814), que se resistía a la unidad con el resto de las Provincias Unidas. Después, en seguida, no pudo doblegar a Cartagena, como se lo propuso, otra vez con el apoyo de Tunja, pues en el puerto negrero se atrincheró su enemigo jurado, el Coronel Manuel del Castillo y Rada, hasta que el Leviatán de Morillo se los tragó a todos. Por eso, añade, más diplomática que doctrinariamente en la misma *Carta*:

“Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación [que, como sabemos, para Bolívar era un cáncer político] y entonces formará por si sola un estado que, si subsiste [Bolívar en el fondo no lo cree] podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género [un cumplido entonces políticamente necesario]” (1976, p. 71).

Pero es en Angostura del Orinoco, en el extremo oriente de Venezuela, en Diciembre de 1819 donde y cuando Bolívar realiza su sueño dorado de fundar la “República de Colombia”. Con ello –paradojas de la historia-, Miranda (quien había muerto en 1816 preso en la Cárcel de La Carraca en Cádiz) fue póstumamente satisfecho, aunque no lo hubiera podido ver con sus ojos mortales, porque la vida viene así: lo que uno sueña, si tiene sentido, otro habrá de realizarlo y todo será para el disfrute de otros más.

Bolívar retornó de Haití por segunda vez (segunda expedición de Los Cayos, Haití) en Diciembre de 1816. Y esta vez vino a ganar. Y lo primero fue “matar



la vaca”. La “vaca” de Bolívar era Caracas. Se la ganó en 1813, fue efímeramente feliz con ella y, luego, sostenerla se convirtió en su karma. Debíó huir en 1814 de Caracas, arrastrando en su escape a los desgraciados caraqueños –Oh, terrible noche! (la Emigración de 1814)– para acabar en Cartagena y otra vez huir en Mayo del 15 a Jamaica (donde escribe su *Carta*) y otra vez con rumbo a Cartagena, a donde nunca llega (Morillo lo impide), pero vira hacia Haití, la tierra del ilustre y magnánimo negro Alexandre Petion (Diciembre de 1815). Allí han ido a parar todos: Mariño, Bermúdez, Piar, Zea. Y arma allí Bolívar la primera Expedición de Los Cayos con la asistencia del marino Luis Brion y el concurso del malqueriente Ducoudray-Holstein, desembarca con todos ellos en tierra firme en Julio del 16 para toparse otra vez con el fracaso y regresar a Haití en septiembre y armar incansable la segunda expedición de Los Cayos, que es justamente por donde comenzamos esta última enrevesada bitácora.

Desde 1814 Bolívar quiso inútilmente reconquistar Caracas, su “vaca” kármica. Lo que 1817 trae es justamente un cambio de horizonte y de ruta (¡Al fin mató la “vaca”! Se desentendiendo de Caracas y se dirige al Oriente). Surge así de manera rutilante y premonitoria Angostura del Orinoco, la querencia de Mariño y de sus heroicos lugartenientes: Manuel Carlos Piar y Francisco Bermúdez. Angostura significa mucho, aunque fuera poco: solo una aldea de 600 almas. En Julio de 1817 capitula Angostura como plaza realista al final de un largo asedio patriota. Bolívar establece en ella su cuartel general. Es el inicio de la avenida de la victoria. Un lamentable desarrollo lleva al fusilamiento del gran Piar por orden de Bolívar en la plaza de Angostura el 16 de Octubre de 1817 a las 5 de la tarde.

Pasamos la página híbrida, diversa, de 1817. Y el 30 de Enero de 1818 Bolívar se encuentra promisoriamente con el llanero José Antonio Páez, el caudillo patriota del Apure que había recogido para reversar la herencia del feroz Boves, aquel maldito líder diabólico de la “Legión Infernal” que bajo una bandera negra con la enseña de la muerte (calavera y dos tibias) aplastó la Segunda República y puso en fuga a Bolívar, a Mariño a Caracas entera, allanando el camino del pacificador Pablo Morillo. Boves había inventado el terror de la caballería llanera (murió batallando en Diciembre de 1814 en una lucha que ganó, la de Urica, –donde también perdió su siniestra existencia: ¡Para lo que sirve ganar en ciertos casos!); la milicia llanera elemental y guerrillera de Páez, la misma de Santander, singularmente secundada por los galones de la Legión Británica trajo el segundo y definitivo triunfo de Bolívar, significó la perdición de Morillo, completó la ruina de su Majestad Católica y el fin de su imperio de ultramar, viejo de 333 años.

La ruta bolivariana del Sur: Angostura, el Orinoco, Casanare, Santafé, Pasto, Quito Junín, Ayacucho, Lima, Potosí, La Paz. Todo lejos del Caribe, lejos de Caracas (la “vaca” kármica de Bolívar, como ya decíamos) es la avenida de la victoria. Marca el camino real de Bolívar, su ruta áurea, donde se mueve como pez en el agua o, mejor, sobre el agua, sobre las aguas del Orinoco, del Apure, del Arauca, del Chicamocha y sobre las aguas pantanosas e inhóspitas de las marismas del Llano en la estación lluviosa. 1918 es el preámbulo esperanzado



al triunfo del 19. 1918 trae azares menores, pero trae también algo militarmente crucial que ya nombramos: la Legión Británica. Crucial en el Pantano de Vargas, en Boyacá, en la Campaña del Sur.

## Bolívar cumple su sueño

Como Fitzcarraldo en una colina del Amazonas detengamos este “barco ebrio” de la gesta militar de Bolívar y regresemos a “Colombia”. En febrero de 1919 por sugerencia del viejo y docto caraqueño Juan Germán Roscio, Bolívar añade a su acción militar una tarea político-administrativa que reportará beneficios de todo orden. Hacia el exterior es la muestra de que esta causa no es solo la acción de bandidos o de rebeldes con causa cierta pero sin luces aparentes. Bolívar refunda la República, establece una imprenta, publica un periódico oficial: el *Correo del Orinoco*, abre industrias de guerra, prepara un ejército y, ante todo, convoca un Congreso con representantes de todas las provincias. Brilla entre estos últimos el granadino Francisco Antonio Zea, buen orador, culto, con prestigio de científico, aunque no siempre buen administrador. No sesionaba congreso en Venezuela desde 1812. Aquí se inaugura solemnemente el famoso Congreso de Angostura.

Su discurso inaugural al Congreso de Angostura, por antonomasia el *Discurso de Angostura* (Febrero 15 de 1819) es, según muchos, la pieza política más equilibrada de Bolívar. Su tema vuelve a ser la Democracia y su inconveniencia para los pueblos que no querían la libertad y que habría de implantárseles por la fuerza. Critica allí tanto la democracia como rechaza la monarquía, pero copia a Inglaterra y propone, igual que Miranda, el Senado hereditario (o de nobles, semejante a la Cámara de los Lores: *The House of Lords*) y la Asamblea, semejante a la Cámara de los Comunes (*The House of Commons*), y se despliega sobre la institución de los Censores y sobre el Cuarto Poder, que no estaba en Montesquieu, el Poder Moral. Pero de todo ello lo que aquí más importa es la reiteración de su convicción inamovible sobre su legado a la humanidad: Hablamos de la “República de Colombia”, por su puesto. Dice Bolívar:

“La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. [...] Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso [...] me siento arrebatado y me parece que ya lo veo en el corazón del Universo. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana” (Bolívar, Discurso de Angostura, 1976, p. 126).

Es el último párrafo del Discurso antes de la coda final, la despedida, cuya última frase es lapidaria: “Señores [legisladores], empezad vuestras funciones,

yo he terminado las mías”. Cuánta emoción destila esta página donde Bolívar se jugaba entero, de la misma manera que lo hizo en los campos beligeros de Taguanes, de Calabozo, de Araure, en la primera batalla de Carabobo, en el cruce de los Andes para desembocar en Boyacá, en el Pantano de Vargas, en el Puente de Boyacá, en Bomboná y en sus otras victorias como en sus muchas, desoladoras derrotas. ¡He ahí a Bolívar el Grande!

Agosto de 1819 (¡Solo por no perder el hilo!): Boyacá, entrada triunfal a Santafé, huida del Virrey Sámano disfrazado de paisano por el camino de Honda. Como entonan los versos del poeta de León, Nicaragua en su cadenciosa “*Marcha Triunfal*”: “Dejando el picacho que guarda sus nidos, /tendiendo sus alas enormes al viento/los cóndores llegan, llegó la victoria”...

Y después de Boyacá, con la Nueva Granada en el puño de su espada, el vencedor de Morillo está listo para abrazar su sueño. En diciembre del glorioso año de 1819 Bolívar regresa a Angostura. Con su sola presencia deshace entuertos, intrigas, insolencias y traiciones. El 14 de diciembre vestido impecablemente, rezumante de agua de colonia, Bolívar se presenta ante el Congreso a rendir el informe de la Campaña de Nueva Granada y de su liberación. Es el segundo discurso de Angostura. Como premio a su triunfo solo pide una cosa: la aprobación de su proyecto de unificación, que a todos los ojos es, además, un requisito de la liberación de Venezuela. “En la sala el único grande era Bolívar”, dirá Don Francisco Antonio Zea, quien ocupa entonces el cargo de Vicepresidente. El discurso de Bolívars interrumpido mil veces para aclamar al orador, quien acaba por sentirse mareado. “Este pueblo afectuoso me rinde”, dice, y cae desmayado. Lo auxilian pero le arruinan el traje. Regresa a la casa a cambiarse, se muda y vuelve a retomar la palabra en la augusta sala. Allí dice:

“La unánime determinación de morir libres y de no vivir esclavos ha dado a la Nueva Granada un derecho a nuestra admiración y respeto. Su anhelo por la reunión de sus provincias a las provincias de Venezuela es también unánime. [...] La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas. [...] Legisladores, el tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra república ha llegado [...] proclamadla a la faz del mundo y mis servicios quedarán recompensados [resaltado mío]” (Bolívar, Discurso de Angostura, 1976, p. 136).

Tres días después, el 17 de Diciembre de 1819, a la una de la tarde el Congreso impartió solemne aprobación a la proposición de Bolívar. El vicepresidente Zea se levantó y pronunció esta frase ritual: “La República de Colombia queda constituida. ¡Viva la República de Colombia!”. Bolívar firmó el decreto y se retiró del recinto.

De la Nueva República fue Bolívar nombrado presidente y Zea vicepresidente. Santander fue elegido vicepresidente local para Nueva Granada y el viejo Roscio vicepresidente local para Venezuela. Se cambió el nombre de Nueva Granada por el de Cundinamarca, un nombre indio. Y el nombre de Santafé se trocó por

el de Bogotá, también un nombre indio. El mestizaje quedaba así sellado en los tres nombres de la nueva entidad: “Colombeia” (o Colombia) para honrar al genovés, como quiso Miranda, y Cundinamarca (de Cundirrumarca) y Bogotá (de Bacatá) para honrar al Ynca de Miranda y a todos los otros indios.

En 1820 Fernando VII, engañosamente llamado “el Deseado”, pero a juicio de muchos españoles una persona y un rey detestable, sufrió la insurrección de los Coroneles Rafael del Riego y Antonio Quiroga (la Revolución de Riego, enero de 1820) y fue obligado a adoptar la Constitución liberal del año 12. Eso frustró la reconquista de América por parte de España para suerte de Bolívar y frenó la guerra en Tierra Firme al ordenar a Morillo entrar en negociación con los rebeldes. El resultado de este viraje fue el armisticio del año 20 sellado en el Encuentro de Santa Ana, cuando Morillo y Bolívar durmieron juntos en la misma habitación, se abrazaron muchas veces y brindaron por una paz que aún se resistiría a asentarse por al menos cinco años.

“Colombia” se inaugura como entidad política territorial, es decir, como Estado por sí y ante sí el 26 de Noviembre de 1820, fecha en que se firma el Tratado de Armisticio (un armisticio de un escaso semestre) entre los representantes de Bolívar y Morillo en la población de Santa Ana, cerca de Trujillo. La redacción del Tratado estuvo a cargo del, más tarde glorioso, General Antonio José de Sucre, a quien Bolívar cinco años después consideró su legítimo sucesor, pero en 1820 Sucre aún no había nacido a la gloria. El tratado de Armisticio empezaba con estas palabras: “Deseando los gobiernos de Colombia y de España transigir las discordias que existen entre ambos pueblos...” “Los gobiernos de Colombia y de España”, así la tradicional potencia Europea, el imperio de Carlos V, la imperial España, reconocía a la Colombia bolivariana como un país, como un Estado, como un gobierno. No como independiente aún, pero existente sin dubitaciones. Esto ocurre dos años antes del reconocimiento por Estados Unidos, y cuatro años antes del reconocimiento por Inglaterra, y 15 años antes del reconocimiento por el Vaticano. En esa misma fecha se firmó el Tratado de Regularización de la Guerra. Su primer artículo reza: “La guerra entre Colombia y España se hará como la hacen los pueblos civilizados”. Algunos consideran esta frase como un antecedente significativo del Derecho Internacional Humanitario. La ironía de todo esto es que esos tratados se firman en el mismo lugar, Trujillo, y en la misma casa donde Bolívar expidió su Decreto de la Guerra a Muerte en junio de 1813.

Estamos a finales de 1820. Al año siguiente, 1821, se celebró el Congreso de Cúcuta (reunido el 6 de Mayo). Este congreso fue previsto con el objetivo principal de dar una Constitución a la “República de Colombia” establecida en Angostura del Orinoco en diciembre de 1818 y afluída internacionalmente en noviembre de 1820. La idea por algunos historiadores sostenida de que la República Bolivariana de “Colombia” solo empezó a existir al sancionarse la Constitución de Cúcuta (12 de Julio de 1821) no tiene asidero, pues la creación de Angostura fue legal y legítima y Bolívar, el jefe supremo del norte de Suramérica y presidente entonces legítimo de la Nueva Granada liberada, la apuntalaba. Es este un reclamo típicamente santanderista que pretende que una ley solo vale

si otra ley la refrenda y así hasta el infinito leguleyo. Los hechos de Cúcuta y su Constitución no nos conciernen aquí más allá de este punto. Pero al final del decenio repercutirán en el desorden que afectó la supervivencia de “Colombia”.

La victoria militar de Carabobo (24 de Junio de 1821) consolidó a “Colombia” y las de Bomboná y Pichincha (abril y mayo de 1822) integraron plenamente a Quito (Junio de 1822), que entonces pasó a llamarse Ecuador. Pero no se entienda que Ecuador era “otra república por liberar”, cosa que Bolívar hubiera venido a hacer, como los nacionalismos “imaginados” nos hacen creer hoy. Ecuador era simplemente un territorio de donde los españoles realistas no habían sido expulsados, lo mismo que Puerto Cabello en Venezuela o El Callao en Lima, permanecieron realistas después de las batallas de Carabobo, Junín y Ayacucho. Bolívar siempre lo entendió de esa manera. Y por la misma razón se apoderó de Guayaquil (julio de 1822), que San Martín le quiso disputar por algún tiempo. El argumento de Bolívar era legal: Guayaquil era parte de Quito y Quito yacía bajo la jurisdicción del Virreinato de la Nueva Granada. Bolívar se limitó a invocar el *uti possidentis ius*. Y, por supuesto, acto seguido pasó a la acción como fue siempre su estilo ineluctable: dando un paso al frente y ocupando la plaza disponible.

Todo estaba consumado y Bolívar estaba complacido. Cuando en Caracas lo reclamaban propios y amigos en el año de 1822 y lo instaban a que regresara a su tierra para poner orden sobre el caos cotidiano, Bolívar les replicó excusándose:

“Entienda esto [...] ahora solo pertenezco a la familia colombiana, ni siquiera a la de Bolívar [resaltado mío]” (Bolívar in Masur, 1960, p. 408)

El *uti possidentis ius* se esgrimió también en Panamá. Se ha entendido correctamente que Panamá hizo parte de “Colombia”. Panamá se independizó de España por un movimiento local en noviembre de 1821. El obispo de Panamá y el jefe militar de los realistas hasta entonces, un criollo panameño, general José de Fábrega, se pasaron al campo independentista y rompieron con España. El movimiento fue pacífico y adhirieron en seguida a la “Colombia” bolivariana, lo que pareció no tener discusión para nadie, ni para los panameños ni para Bolívar. Otra vez el *uti possidentis ius*. Panamá era de la Nueva Granada. Siguió siéndolo, así de simple. La Batalla de Boyacá no sellaba solo la independencia de la posterior Colombia, sino de cuanto le pertenecía desde la administración española.

Panamá siempre fue entendido como un sitio estratégico. Tanto Miranda como Bolívar percibieron su valor geopolítico. Miranda creyó que allí podía estar ubicada Colombo, la imaginada capital de su Imperio colombiano. Bolívar, por su parte, se propuso construir el canal interoceánico y encargó al general José María Córdoba de elaborar un proyecto. Algunas de las designaciones de Bolívar, como esta, no eran las más acertadas. Pues Córdoba (aunque se interesaba en las matemáticas y aun por ello se enredó como alumno con el venezolano Carujo,

lingüista, matemático y alocado conspirador de la Noche Septembrina contra Bolívar) no era el mejor técnico para la grandiosa tarea. En todo caso, Panamá era un tesoro oculto. Y los tesoros pueden venderse. Y tanto Miranda como Bolívar intentaron negociar a Panamá como parte de pago de la ayuda inglesa a la guerra contra España. Inglaterra siempre actuó doblemente en estos tratos clandestinos. Le fue infiel a España e infiel a Miranda y a Bolívar, a cada uno en su momento. Finalmente Inglaterra no le fue fiel a nadie.

Panamá fue el lugar que Bolívar eligió para celebrar el primer congreso panamericano: su famoso Congreso Anfictiónico, que fue un evidente fracaso. Ni Buenos Aires, ni Chile, ni Brasil asistieron. Los tres le temían a Bolívar, como le temió San Martín. Asistió un observador inglés y los delegados gringos invitados por el *gringófilo* Santander, para disgusto de Bolívar, uno llegó tarde y el otro murió en el camino. ¿Quiénes estaban allí, pues? Cuatro países. Aunque esto, en honor a la verdad, no era poca cosa. Nuestra idea de país en el día de hoy nos hace creer que cuatro países es un área exigua. Asistieron México, “Colombia”, “Perú” y “Guatemala”. “Colombia” era, como sabemos, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Panamá. “Perú” era Bajo Perú (Perú) y Alto Perú (Bolivia), “Guatemala” era la totalidad de la América Central menos Panamá. Con ello tenemos al menos un tercio del continente hispanoamericano y un área cercana a la de USA de hoy. Si los cuatro países que asistieron al Congreso Anfictiónico de Bolívar permanecieran hoy con su misma área la relación geopolítica entera del Continente sería muy distinta y sin duda más promisoría. Las “patrias grandes” valen más que las pequeñas (Uribe Celis, 2007, p. 5).

Pero, como se aclaró a propósito de *La Carta de Jamaica*, Bolívar no aceptaba el proyecto mirandino de unir toda Hispanoamérica bajo un solo gobierno. A cambio de ello, una Hispanoamérica de seis países: Argentina, México, Chile, Perú, Colombia y Guatemala (como entonces se configuraban) constituían un proyecto digno y capaz de enfrentar los retos de un crecimiento cierto. Por supuesto que hay más territorios en América y cada centímetro cuadrado con su gente importa, pero las grandes naciones incluyentes son más fuertes y dignas que las minúsculas excluyentes. La división solo sirve –y bien que le ha servido– al grande y poderoso. *Divide et impera*, ¿no se dijo así desde siempre?

Tras el fracaso del Congreso Anfictiónico Bolívar trabajó por la Federación o Confederación de los Andes, es decir, la sociedad de “Colombia” y “Perú”, dos naciones. Que no cinco, como se nos dice hoy. Pero esto fue un proyecto del ocaso de Bolívar, ocaso que justamente comienza en 1926.

### ***El sueño se deshace, pero...***

“Colombia”, agobiada por los caciquismos de Santander y Páez, vio aparecer el deterioro simultáneo de la salud física y política de Bolívar. En enero de 1927 un neogranadino santanderista, el Coronel José Bustamante, al mando de la división neogranadina del ejército de Bolívar en Lima, se insurreccionó contra

los oficiales venezolanos y quebró la unidad de las fuerzas “colombianas” en Perú, que era -y fue- tanto como separar al Perú del dominio de Bolívar. Hubo en efecto un golpe de estado contra Bolívar y Andrés Santa Cruz, el general alto-peruano (boliviano), para entonces desafecto a Bolívar, asumió como Presidente, afrentando a este. Bustamante llegó con una tropa a Guayaquil para secesionarla del Ecuador y unirla al Perú con el beneplácito de Santa Cruz. Todo el sur de Colombia entró en conflicto y otro funesto granadino, José María Obando, el asesino de Sucre, se sumó a la rebelión de Bustamante. Peor, sin embargo, que toda esta cauda de transfugas, fue la “sinceridad” y la “esponaneidad” con que Santander, el vicepresidente de “Colombia” y segundo de Bolívar, celebró estas insurrecciones. Mandó tocar a vuelo las campanas de la conventual Bogotá y él mismo salió en manifestación carnavalesca a la Plaza de Bolívar para congraciarse con los enemigos de Bolívar. Al final los militares Juan José Flórez, José María Córdoba y el indomable e incorruptible Sucre restablecieron el poder de Bolívar en Perú, en Quito, y en el sur de Nueva Granada, si bien de forma precaria y temporal.

Páez en 1826 resolvió romper con Santander, a quien –como la mayoría de los venezolanos- detestaba; y si algunos no apoyaban allá a Páez era por no hacer daño a Bolívar. En enero de 1827 Bolívar vino a Caracas para ver subsanar la rebelión de Páez. Lo logró, pero al mostrarse demasiado generoso (amnistió a Páez de todos los cargos que Santander le imputaba) se malquistó aún más con Santander. En marzo de 1827 Bolívar rompió abruptamente con este: una posdata en carta de Bolívar a Soublette escrita el 16 de marzo de 1827 trae las siguientes increíbles frases:

“Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo” (In Lecuna, 1978, tomo III, p. 398).

1928 es el año del Decreto Orgánico (Agosto 27) de la Dictadura establecida por Bolívar para subsanar el fracaso del intento de ajustar o cambiar la Constitución de Cúcuta de 1821 mediante una reunión (Convención la llamaron) en Ocaña (la Convención de Ocaña, abril a junio de 1828). El santanderismo defendía a medias la Constitución de Cúcuta, una Constitución que, con la excepción del artículo de Poderes Extraordinarios para el Presidente (es decir, para Bolívar) en tiempo de guerra (“alteración del orden público” dirán después), se suponía una Carta liberal. Pero el santanderismo de todos modos se empeñaba ambiguamente en cambiar la Constitución, sobre todo para recortar los Poderes extraordinarios del Presidente. Los bolivianos (partidarios de Bolívar) aspiraban a reemplazar la norma de Cúcuta por la Constitución Boliviana con su flamante presidente vitalicio, su noble senado hereditario y todo lo demás. Al final la Convención se disolvió sin llegar a ningún resultado como no fuera la inestabilidad y la agitación política que la siguió.

Para nosotros hoy, el Proyecto de Bolívar choca con las ideas en boga de “democracia”, una democracia perfilada en la cantera usamericana con ventajas

formales y desventajas materiales, pero útil al ejercicio de la supremacía internacional de USA sobre el archipiélago de repúblicas, republiquetas o *Banana Republics* del Hemisferio Sur. Trasladémonos al tiempo de Bolívar y con el telescopio de la historia miremos si lo que temía Bolívar: la disolución de “Colombia” vino a ocurrir o no. Es obvio que sí. El proyecto constitucional de Bolívar estaba hecho para sostener la independencia real y no para exornar la fachada o representar la comedia de independencias formales o simplemente vacuas. Se orientaba dicho proyecto a construir Nación. No se confunda Nación con símbolos imaginados carentes de poder, peso y dignidad. Nación se asume en el sentido kantiano de igualdad universal y de paz perpetua. Una nación dominada es una *contradictio in adjecto*, una contradicción en los términos. Como apunta Madariaga, el biógrafo español que hace la historia de la epopeya bolivariana desde la orilla española:

“Todo este conjunto –dice Madariaga a propósito del proyecto de gobierno que aparece plasmado en el Discurso de Angostura y luego en la Constitución Boliviana- revela un espíritu positivo, libre de la retórica superficial de los más de los políticos que lo rodeaban [a Bolívar]; y si el Congreso de Angostura lo hubiera escuchado, concediéndole la realeza sin corona y el Senado hereditario que solicitaba, el Estado naciente hubiera comenzado su vida de independencia bajo mejores auspicios, pues con todos sus defectos, Bolívar era un gran espíritu” (Madariaga, 1985, tomo II, p. 16).

Las penurias de Bolívar, o mejor, de su obra, no acaban aquí, pues en Bogotá, con la complicidad de Santander, sus enemigos tramaron el magnicidio y lo intentaron el 25 de Septiembre de 1828 (Conspiración Septembrina). Salvaron al Libertador su buena estrella y Manuela Sáenz. A Manuela Bolívar la renombró entonces como “la libertadora del Libertador”.

Estragado y agobiado deja Bolívar definitivamente a Bogotá el 8 de mayo de 1830 rumbo a Europa, a donde el destino de su obra lo orientara, pero muere en Santa Marta a la una de la tarde del 17 de Diciembre de 1830, exactamente once años después del alumbramiento de su hijo predilecto: la “República de Colombia”.

Y muerto Bolívar, muerta “Colombia”.

Bogotá, domingo 12 de diciembre de 2010, año del bicentenario de la Independencia.

## Referencias

Antepara, José M. (2006). *Miranda y la emancipación suramericana*. Caracas: Ayacucho. [Prólogo de Carmen Bohórquez, p. IX-XL].



- Arciniegas, G. (1984). *Bolívar y la revolución*. Bogotá: Planeta.
- Arroyave Vélez, E. (1955). *Caminos de piedra. Estampas del libertador y sus tenientes*. Medellín: Cappel.
- Arroyave Vélez, E. (1955). *Caminos de piedra. Estampas del libertador y sus tenientes*. Medellín: Cappel.
- Bohórquez, C. (2001). *Francisco de Miranda: la construcción política de una patria continental*, Recuperado de: [http://www.analitica.com/bitblo/carmen\\_bohorquez/miranda.asp](http://www.analitica.com/bitblo/carmen_bohorquez/miranda.asp).
- Bohórquez Casallas, L. A. (1980). *Breve Biografía de Bolívar*. Bogotá: Congreso de Colombia.
- Consuegra Higgins, J. (1982). *Las ideas económicas de Simón Bolívar*. Bogotá: Plaza y Janés.
- González, J. V. (1946). *Biografía del general José Félix Ribas, artículos polémicos*. Buenos Aires: Jackson.
- González, M. (1985). *Bolívar y la independencia de Cuba*. Bogotá: El áncora.
- Hermano Justo Ramón, S. C. (1962). *Historia de Colombia*. Bogotá: Librería Stella.
- Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón. Acompañadas de los diarios de Quito y Paíta*. (2010). Caracas: Fundación editorial El Perro y la Rana.
- Lynch, J. (2006). *Simon Bolívar. A Life*. New Haven and London: Yale university Press.
- Madariaga, Salvador de. (1945). *Cuadro histórico de las Indias. Introducción a Bolívar*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Madariaga, Salvador de. (1985). *Bolívar*. Madrid: Sarpe.
- Masur, G. (1960). *Simón Bolívar*. México D.F: Biografías Gandesha.
- Mora, Carlos A., & Peña, M. (1985). *Historia socioeconómica de Colombia*. Bogotá: Editorial Norma.
- Nueva historia de Colombia*, (Tomo 2) (1980). Bogotá: Procultura.
- Parry, J. H. (1973). *The Spanish Seaborn Empire*. London: Penguin.
- Pereyra, C. (1958). *Breve historia de América*. México: Aguilar.
- Puyo Vasco, F., & Gutiérrez Cely, E. (1983). *Bolívar día a día*. Bogotá: Procultura.
- Rodríguez Baquero, L. E. et al. (2006). *Historia de Colombia*. Bogotá: Taurus.



- Saurat, G. (1987). *Bolívar libertador*. Bogotá: Oveja negra.
- Shulgovski, A. (1983). *Cátedra bolivariana. El proyecto político del libertador*. Bogotá: CEIS.
- Uribe Celis, C. (1986). Bogotá: Tercer Mundo.
- Uribe Celis, C. (2007). *Manifiesto de los tiempos nuevos*. Bogotá: Impresión en folleto.
- Simón Bolívar, *Obras Completas*. Compilación de Vicente Lecuna (1947). Caracas: Mineducación. (Reedición de 1978, Bogotá: Fica y Ecoe).
- Simón, B. (1976), *Doctrina del Libertador*, Los Ruices Sur, Estado Miranda. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Valencia Villa, H. (1987). *Cartas de Batalla: Una Crítica del constitucionalismo colombiano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Victoria, P. (2010). *La otra cara de Bolívar. La guerra contra Pablo Morillo*. Bogotá: Planeta.